# SU MADRE

[Fabio Angelli - http://elmonstruosinvoz.blogspot.com.es/]

Su madre entró en nuestra casa un día a media tarde.

Le di dos besos y traté de tranquilizarla. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo y nos tuteamos desde el principio. Con los años se había hecho cada vez menos independiente y al final hablé con mi marido para que viniese a vivir con nosotros y con los niños. Ella no podía estar sola y para sus nietos tener a la abuela cerca sería bueno, algo precioso y significativo para su futuro. Nosotros necesitaríamos algún que otro ajuste pero seguro que nos llevaríamos bien. Era una mujer que había conseguido adaptarse a los tiempos, que utilizaba el móvil y que sabía qué era internet. La cabeza le funcionaba mejor que las rodillas y además era activa y vivaz, aunque con el paso del tiempo había empezado a apagarse un poco y tuvo, mi marido, que aceptar que ya se le había acabado la época de ser hijo y que le tocaba cuidar de su madre.

No tenía el valor de proponérmelo y así que fui yo quien le propuso traer a Doña Rosa a nuestra casa, después de preparar el que sería su último cuarto. Me sentía bien, una buena compañera para mi marido, una madre perfecta para los peques y una buena mujer para mi suegra.

Entró con cierta timidez, con pasos pequeños de pies juntos y manos en acto de rezar aguantando el bolso negro y gastado como si acabara de entrar en la iglesia, con el rostro marcado por una sonrisa tensa y ojos bajos.

La tranquilicé, la besé y le quité el bolso. Su hijo la había liberado del abrigo y lo había doblado por encima de su antebrazo. Yo la cogí de la mano para enseñarle su cuarto con cierta excitación, ilusión diría. Ya tenía algunas cosas que habíamos traído de su casa hacía una semana para que encontrase su ambiente de siempre, la misma atmósfera entre paredes distintas. También encontró un dibujo de los nietos y flores. Sonreía y murmuró un gracias que me hizo encoger el corazón y apoyar la cabeza en el hombro de mi marido que a su vez me pasó una mano por la cintura, antes de dejarme un beso entre el pelo.

Ya sabía que habría un momento de adaptación, en el que todos, los niños incluidos, tendríamos que ajustar nuestras costumbres y tal vez algún horario a la nueva situación. Todo cambia, ya se sabe, con una persona nueva en casa. Fue así para mí incluso al principio de la convivencia en esta casa después de la boda con el chico que había sido mi novio durante tantos años, luego otra vez cuando llegaron los niños, antes

con el mayor, luego con el pequeño, y ahora con ella también. Podría incluso ser divertido.

Nunca les hice demasiado caso a los tópicos, ni me interesaron mucho las opiniones de mis amigas y de mis hermanas que me preguntaban -incluso únicamente escrutándome con esas miradas de ojos blandos- por qué narices no le pagaba una residencia a la vieja y a tomar por ahí. Pues no. La familia es la familia y la armonía no es un camino de rosas, no se logra recortando los puntos de los frascos de detergente. Hay que darlo todo para conseguirlo todo. La relación con mi marido, la serenidad que se respira en mi casa no es un regalo de un cielo generoso o distraído, no, es el fruto del trabajo mío y de todos a lo largo de estos años, luchando para que las cosas funcionen, años de conversaciones a veces duras como piedras para afrontar los problemas, para no dejar cosas enterradas como minas, años arrimando el hombro cuando hacía falta, sabiendo que un equipo es lo que es. Y un equipo es para lo bueno y lo malo. Así que la vieja se queda y punto. Y a callar todo el mundo. Además si se planteara el caso, de haber necesidad, él también haría lo mismo por mí. Cierto que mis padres ya descansan desde hace ya años y que él, mi marido, casi ni ha conocido a mi padre siquiera. Pero así son las cosas y no hay nada que hacer. Tampoco se puede actuar pensando en cuándo vamos a recibir nuestra recompensa, ¿o no? Si piensas así, mejor no hagas nada. Así que la vieja se queda, Doña Rosa se queda.

Había entrado en su nueva habitación con verdadera gratitud que llenó el vacío que había sustituido los muebles que tuvimos que quitar para que entrase su cama. No era la suya, la de su casa. Habíamos comprado una nueva, más cómoda, un poco más alta para que pudiese levantarse con menos problemas y sentirse más autónoma. Habíamos dejado también el baño pequeño todo para ella, en donde pusimos sus toallas y sus peines.

Pasó un tiempo antes de que las pequeñas cosas, las mínimas y cotidianas dejasen patentes las diferencias. Supongo que cada uno tiene sus manías y que convivir no es fácil en ningún caso. Cierto que no es lo mismo adaptarte a alguien que ya tiene una edad, que tiene su vida hecha y construida a base de repetir gestos y costumbres hasta convertirlos en automatismos. Además los ancianos no están normalmente por la labor de adaptarse. Sabes que lo que te queda es un trabajo de limar las esquinas para que no haya roces, lo sabes de antemano y no puedes dejarte asombrar cuanto eso ocurra. Es así y no hay más. Simplemente es lo que hay. Aún con toda la mejor voluntad del mundo, un viejo no podrá nunca adaptarse a los demás como los demás, que en cambio, si quieren, claro, pueden lograr una adaptación eficaz y mirada a la convivencia.

Empezó con los zapatos que de repente se materializaron al lado de la puerta de

entrada, cerca del zapatero, eso sí, pero fuera, a la vista, negros y moldeados a las deformidades óseas de su madre.

Los recogí sin decir nada, un poco molesta, tengo que ser sincera, pero sin dejar de sonreír, sintiendo como acababa de ganar la primera batalla.

Después sus consejos, sobre cocina, sobre la educación de los niños, luego todavía peor, las miradas de desaprobación, de las que se notas cuando estás de espaldas. Las colaboraciones molestas y contraproducentes cocinando, o un sofrito con medio litro de aceite, el desorden de *¿Dónde habré metido el cuchillo? Da igual, cojo otro* y con los paños de cocina lo mismo: de repente lo tienes todos fuera del cajón y todos sucios a la vez. La nevera abierta como quien llega directo de la edad media, los ruidos de saliva al comer. Luego empezó a interrumpir las conversaciones en la mesa con cosas que no tienen nada que ver con lo que estamos diciendo, el no dejar hablar, el comentar sucesos de gente muerta hace ya tiempo, gente que no conoce ni cristo. El no recoger el plato ni bajo amenaza. Por lo menos colaborar, digo yo.

Después vino lo de los nietos, el malcriar, hacer como en sus tiempos, como si ahora siguiesen siendo sus tiempos. Y digo yo, ya has tenido tu momento para educar y no sé, has hecho lo que has podido, mujer, aunque de los resultados podríamos hablar. Pero ahora tu turno ya pasó y me toca a mí, nos toca a nosotros con todos los errores que quieras, pero también con una atención que a los niños de antaño ni por asomo, jolín.

Así que pasó algo de tiempo y se metía en los asuntos de los niños, decía, rompiéndoles las rutinas construidas en meses y años de costumbres sanas. Y se comen poco, si comen mucho, dándoles de comer luego, fuera del horario... que si has pasado hambre de niña, no la pagues con los críos, joder, que no hay que estar como una bola para que las vecinas vean que tienes la despensa llena.

Así que me puse firme y con los niños sí que no, que no manda ella, que los críos no son suyos, que las abuelas están para malcriar, vale, muy bonito, pero después los que los tienen que aguantar son los padres, ¿es cierto o no? Pues ya me dirás qué bonito. Así que a callar todo el mundo. Si él no le quiere decir nada tendré que ser yo quien se ponga en plan sargento y que diga hasta aquí, poner límites, reglas.

Poco después empecé a oír como comentaba cosas con su hijo. No sé exactamente lo que dijo pero puedo imaginar bien de qué iba la cosa, que si no hago bien eso y lo otro, que los niños no se crían así, que antes era otra cosa y que él mismo bien recordaría como ella hizo con él y mira qué bien ha salido. Sólo oí como mi marido me defendía, come le repetía que soy una buena mujer y una madre estupenda. Mordí el cepillo de dientes antes de mirarme en el espejo y pedirme un poco más de paciencia, el

poder del aguante, como quien pide un deseo de año nuevo.

Con el tiempo vi cómo tuvimos que renunciar también a los programas preferidos de la tele para que ella se pudiese relajar antes de dormir, vale que tampoco se acuesta tarde, pero después de que empiecen, ¿a quién cojones les interesan las películas?

Finalmente, igual ya tenía confianza, nos enseñó sus pies de uñas duras fuera de las zapatillas, mientras roncaba de garganta, hundida en la butaca de la sala delante de la tele y de nuestro silencio.

No tardé mucho en decidir irme a la cama.

Al cabo de esas cinco horas ya estaba harta de ella.